



## Risas y sufrimientos de pastores, al soco de una cueva

Yuri Millares Martín

# 12



^  
El pastor Jacinto Ortega Ramírez con su hijo.

*A mí me dicen cuando yo tenía trece o catorce años, después de acabarse la guerra civil (yo tenía ocho años cuando empezó y después cuando terminó estuvimos siete u ocho años de mucha hambre), ...si a mí me dicen (descalcitos y helados de frío en esas cumbres, coño, helados de frío y ni qué ponerse uno; dormíamos en unas traperas viejas todos juntos, dentro de una cuevilla, y después, al siguiente día, tenerte que levantar, todas las piernas rajadas, uno que hacía las vacas, otro hacía las cabras, otro a coger monte, otro a coger leña), ...me dicen: ¿qué quiere usted más, la vida que tenía en esos entonces o morirme? Morirme ya. Se pasaba mal.*

Así de contundente se expresaba el pastor José Suárez Cruz, un día de mediados de la década de los noventa del siglo XX en el Alto del Coronadero (Tarajalillo Alto). Contaba entonces 67 años de edad y recordar su vida de infancia y juventud le traía recuerdos de pobreza y hambre viviendo entre las toscas paredes de una cueva con apenas que vestir.

Jacinto Ortega Ramírez, nació en una cueva en el seno de una familia de pastores y como pastor se jubiló unos años atrás. Más joven que José Suárez, cuando le nombran la palabra cueva le vienen a la mente mil y una historias de miserias, pulgas, miedos y... risas, muchas risas, las que causa entre su mujer e hijos cuando se pone a contarlas en el cortijo de La Gloria (San Agustín). Echando de menos las lluvias abundantes que conoció (*en esa cumbre, en ese norte, pegaba a llover en septiembre y después estaba todo el año lloviendo, que había dos meses que no se aclaraba nunca*), tan propicias para alimentar al ganado que pastoreaba, tampoco echa de menos la vida en cuevas, aunque asegura que durmió en

< José Suárez Cruz.

muchas, siguiendo los pasos del rebaño en busca de pastos (o, más bien, guiándolo).

*Eso había que estar fijo todo el día. A lo mejor las soltaba por la mañana (porque no es como hoy que las ordeña uno desde por la mañana), las llevaba porque eso eran terrenos ajenos todos, no eran sino pizquillos del carajo [para soltarlas] porque todo el mundo tenía ganado, las llevábamos, las dejábamos comer durante la mañana y cuando eran las 11 o por ahí nos veníamos para el corral, a la casa otra vez. Ordeñábamos, almorzábamos (si había qué comer, que casi nunca había, pero lo poco que había), descansábamos un ratillo y por la tarde volver otra vez a salir hasta por la noche. Las cabras por la noche se echan un ratillo y a la prima de la noche vuelve y se levantan y están toda la noche andando y vuelven a echarse cerca del día otra vez.*

Y en esta forma de vida, el pastor, añade, claro, acechándolas y cuidándolas, no se fueran a lo ajeno. Antes no dormía casi nadie, porque todo el mundo estaba acechando lo de él. Uno acechaba al otro para podérselo echar en lo ajeno para que comieran, el otro acechaba no sea que se las echaran. ¡Un tinglado!, que vale más ni acordarse uno de las historias de antes. Ya le digo, se pasaban fatigas. Pero el descanso llegaba algunas horas al día (o por la noche), al soco de una choza de piedras o, si había una cueva, siempre buscábamos la cueva, que no le diera el aire, que estuviera en la solana, o en soquillos que se pudiera estar, ahí mismo en Berriel que me quedaba allí con las cabras en los tomateros todavía hay cuevas que tienen las camas mías.

### **La cama de garepa, buenísima**

La cama dentro de una cueva de pastor no aparentaba mucha comodidad, pero al cabrero le sabía el descanso a gloria. Jacinto hacía sus camas de la [ristra de] platanera que usaban para amarrar tomateros, la garepa. Eso es buenísimo para hacer la cama. ¡Buas!, cuando se secaban, un colchón terrible [de bueno]. Dormía yo ahí buenísimo. Entonces yo me quedaba allí y vigilaba todo, porque se oía todo, de dónde venían los animales y de dónde no venían. Y antes había que tenerles cercas siempre, porque sabía usted si venía o no venía a hacer daño.

En su vestimenta, Jacinto recuerda la manta de pastor. Aquí en esta costa no se usaba. Pero bueno, nosotros teníamos una porque la tenía mi padre cuando estaba en la cumbre. Se usó hasta que se rompió. Y aquí en esta costa, una fresadilla de esas livianitas, más bien para la relentada, para los mosquitos, y si hacía un pizquillo de frío, se mete usted en



Cueva para madurar quesos en el Lomo del Palo, Gáldar.



Mariquita con quesos en cueva.



Jesús Falcón Suárez.

una cuevita y está asocadito. Preguntado por los materiales que usaba para hacerse sus camas, *eso no hay quién las atine a contar, cónchales*, respondía riendo. Y añadía: *De garepas de platanera; donde había garepas de esas, cogíamos y llevábamos un puño y lo metíamos [en la cueva] y hacíamos una camita, que eso es buenísimo para dormir. A mí no me importa todavía si tuviera que acostarme en ella. Pero después en otros sitios sí buscábamos, a lo mejor, aulagas, que las escachábamos, le echábamos una cosilla arriba, un saco de los de guano, que antes los sacos de guano eran grandes, de 100 kilos, y también se dormía bien; si había donde coger cerrillo, también se hacían de cerrillo (es parecido a la pinocha, el tronco se esparataba y se hacía la cama); ¿y de pinocha?, ¡oh!, de pinocha son buenísimas.*

La pinocha (esas finas agujas que son las hojas del pino) a veces tenía el inconveniente de que se clavaba alguna. *Estaba una vez mi hermano allá en Chofaracás, donde teníamos el trigo sembrado. Había que ir a quedarnos en una cuevilla que había en un morrete. ¡Y allí en Chofaracás: aquello de ciempiéses era en cada piedra uno!, ¡y si no hay uno, hay dos! En cada laja que levantara allí es raro que no hubiera un ciempiés. Y mi hermano les tenía un miedo que daba miedo. Y se fue a quedar en una umbrilla donde le decíamos la Umbría del Pino. Se sintió atrás de la oreja una cosilla por la noche, ¿y qué pensó él?: que era un ciempiés. Y entonces, para no quitárselo y que cayera allí dentro después y poder seguir durmiendo, se asomó a la cueva y se dio en la oreja así—hace el gesto de un manotazo— y casi se quita la oreja de tan fuerte que se dio ¡y era una pinocha que se le metió detrás de la oreja!, ríe a carcajadas junto a sus hijos que le escuchan. Dice mi hermano: ‘¡Yash, casi me arranco la oreja!.*

Las cuevas que no eran alojamiento nocturno ocasional, sino vivienda de la familia, dice, estaban algo más acondicionadas: *En el piso de la cueva teníamos debajo algo de pajullo, después encima a lo mejor una traperera, que las traperas verdaderas son las que se hacían de tiritas de tela y alguna tirilla de lana, que eso eran pesadas. Para cuestión del frío eran buenísimas.*

### **Muchas pulgas**

En su casa-cueva, vivían sobre traperas (a veces no había ni muebles). *Esa era la única cosa que había, pero claro, después como había tantas pulgas y piojos se llenaban todas de pulgas y piojos. Había al siguiente día que tenderlas al sol para que se fueran, porque no había con qué matarlas. La pulga antes era matarla con el dedo. Yo me acuerdo toda mi gente herver agua y echar la ropa en los calderos para matar*



*Cristóbal Moreno guardando el ganado.*



*Abrigo de pastores. Inagua, Mogán.*

los bichos: pulgas, piojos, chinches. Mucha gente dice “no, en mi casa no...”, pero antes era en todas, en todos sitios, porque usted no tenía nada que echarle.

También las cuevas eran para guardar el rebaño y realizar las tareas cotidianas allá en el barranco donde se encontraran. *El queso se hacía donde estaba uno. En cualquier cueva se ponía uno por ahí. No había puerta, no había ventana, todo era descubierto. Mi mujer y yo a cada rato lo nombramos, que antes hacía usted el queso, lo ponía arriba de una laja, porque no había cañiceras. Ha nombrado a Elena Suárez y ella pregunta: ¿Dónde?, porque son muchas las cuevas que conocen. Allí, en la cueva la Jumosa. Lo ponían arriba de aquellas lajas y el queso salía buenísimo.*

Esos estantes de caña, cañiceras, tan comunes entre los pastores antiguamente, no siempre se conseguían. En el caso de Jacinto, lo que tenían en la cueva para curar los quesos eran lajas. Y hasta la cueva del pastor iba antes el comprador. *Donde quiera que hubiera un pastor iba la gente. Aquí mismo en la cueva esa que le estoy diciendo, venía un tal Juan García del Tablero. Ni coche tenía. Se lo echaba al hombro en una cesta y se llevaba todo el que había. Otros venían con un mulo, decíamos: ‘Ahí viene el quesero’. Como hoy con el coche. Se lo llevaba seco bien echadito en las alforjas.*

Pero no todo en las cuevas gira en torno al trabajo o al descanso, también era el lugar donde la familia convivía y, a falta de radio y, mucho menos, televisor, los más viejos hacían cuentos a los más jóvenes. *Bueno, son cuentos de los antiguos, pero vamos a hacer uno, se anima Jacinto: Dice que antiguamente toda clase de animales hablaban. Y resulta que había un jormiguero y dos hormigas se pelearon con las demás. ‘Pues nos vamos de aquí’. Dice que tiran las dos hormigas y llegaron a casa de un matrimonio. Una se subió por una pata de la cama y otra por la otra. Dicen: ‘Aquí mismo nos quedamos’. ‘Aquí nos quedamos, claro’. Y una se le acertó a meter en la parte de atrás a la mujer y otra en la parte de adelante. ‘Pues aquí dormimos’. Dice que estaban asocaditas ahí y por la mañana cuando se levantan hace una: ‘¡Yaash! ¿qué tal has dormido?’. Dice la otra: ‘Bien, pero mira, a medianoche se me apareció un borracho: zumba pa acá, zumba pa allá, hasta que no se me arrojó arriba no se me fue’. Entonces dice que se le quedó atrás en el culo: ‘¡Aah!, entonces ese fue el que colgó las alforjas en mi puerta’. Sus hijos explotan a reír y su mujer, que se tapa la cara con las manos, también. Son cuentos que hacían los viejos de antes. Yo no sé si los bichos hablaban o no hablaban, porque no sabe uno si era verdad, si era mentira. Y no sólo se contaban*



Cueva en Barranco Hondo de Abajo, Gáldar.



Carmelo Moreno Díaz. Pastor de Los Solapones, Santa María de Guía.



Fermin Mendoza preparando el cuajo.

cuentos en familia. *Decían los de mi casa, por ejemplo, vamos a ir casa de fulanito para despuntar la noche un rato. Eso es lo que decíamos, para despuntar la noche un rato. Y después llegaba usted cansado de sueño y se acostaba y no había pulga que lo molestara.*

### **El misterio del violín en la cueva**

De la misma quinta que José Suárez (1926), citado al principio es Jesús Falcón Suárez, otro pastor. Toda su vida la ha pasado prácticamente en Tifaracás (pronunciado por los pastores Chofaracás). En su caso, el cuento que hace es una insólita anécdota real en la que participó y que dio inicio, cómo no, en una cueva. Tenía un hermano que compró un violín en Teror, de donde procedían todos ellos, porque le gustaba tocar.

*Nunca lo llegó a tocar bien, pero lo tocaba –relata–. Estaba haciendo unos terrenos cerca de La Aldea y se quedaba allí, que había una cueva con puerta y tenía candado y todo. La noche que no venía para arriba [a casa] se ponía allí, a practicar el hombre con el violín. Después mi hermano se puso malo, tuvo una embolia y murió en la operación al siguiente día de operarse. El violín se quedó allí en la cueva, pero con la puerta trancada. Uno de La Aldea que, seguramente, le dio por mirar lo que había dentro, rompió el candado y, por lo visto, lo que le gustó fue el violín y se lo llevó.*

Jesús no se dio cuenta del allanamiento de la cueva hasta un tiempo después. *Es que pasaba el tiempo y uno no se asomaba por la cueva aquella. Había herramientas y había otras cosas. Y un día el que se lo llevó, apurado el hombre, porque dijo que vio la puerta destrancada y no sea que alguien se llevara el violín se lo llevó para la casa. El hijo se fijó que tenía escrito la marca Estradivarius y se lo llevó a Pepito del Pino, a quien le dijo que se lo había encontrado en una cueva. Pepito del Pino lo cogió y publicó como que había aparecido un Estradivarius en una cueva y claro, el que se lo llevó después quería recogerlo y no se lo daba. El muchacho se lo llevó para que lo viera y Pepito del Pino le dijo que lo dejara allí para mirarlo y después no se lo daba.*

La polémica por el violín que el tal Pepito no quería devolver al que lo cogió de la cueva llega a oídos del pastor Suso Falcón. *Voy yo allá abajo a casa de Pepito del Pino y le dije que iba por el violín. Me dice: ‘No, ese es un violín que apareció en una cueva’. ‘Apareció en una cueva porque lo tenía yo en la cueva y es una cueva mía y el violín lo tenía yo en la cueva y ese hombre lo cogió en la cueva’. Y dice: ‘No, de eso nada, yo he adquirido unos compromisos internacionales y mañana tengo que llevarlo a Sabinal’. Y no podía entregármelo. Me*



Pepe el de Pavón prensando el queso.

*voy a la Guardia Civil y les digo lo que me pasaba. Estando yo allí, llegó Pepito del Pino también pidiendo protección para llevar el violín a Las Palmas, porque tenía que llevarlo a examinar para ver si era verdaderamente Estradivarius o no era. Y claro, yo ya tenía presentada la denuncia. Y dice el sargento que había: ‘Mañana no va el violín para Las Palmas ni usted tampoco, porque van a quedar el violín y usted intervenidos’. Entonces yo le dije: ‘Si es así que están esperando para examinarlo, para ver el valor, a mí me interesa. Yo lo llevo, usted va y vamos a ver a ese señor. Pero es mío y lo llevo yo.*

Y así quedó, momentáneamente, resuelto el litigio por la posesión del instrumento. Hasta que el experto al que consultaron les dijo que no tenía valor y ya nadie lo quiso. Salvo el Jesús, que lo guarda como recuerdo de su hermano.

### **Ovejas trashumantes**

Carmelo Moreno Díaz pastor en Solapones (Guía de Gran Canaria) sigue empleando las cuevas como corral. *Enfrente, al lado de casa de mi padre, hay una cueva que de hecho le decimos nosotros el corral. Una cueva grande. Y nosotros antes poníamos el ganado por la noche, si estaba una noche de mucha agua. Lo encerrábamos si llovía y también para ordeñar. Y en el verano, si hacía mucho calor también*

*metíamos el ganado para ordeñar. Y le decíamos a aquello el corral. Bueno, era para eso.*

Ahora usan otra cueva (en realidad, una oquedad en una ladera) para reunir y ordeñar a las ovejas. En la antigua cueva de sus padres *lo que tenemos ahora es el millo para las ovejas, los piensos, los coches, y no metemos el ganado*, porque está muy cerca de la casa y *estaría allí todo el día cagando y meando en la puerta de la casa.*

Procede Carmelo de una larga tradición de ganaderos. *De pastor vienen mis abuelos, los padres de mi padre y los padres de mi madre. Mis tíos también fueron algunos pastores, bueno todavía quedan algunos tíos por mi padre que son pastores arriba en los Caideros de San José. Primos también hay que tienen ganado arriba en Caideros.* Y como muchos pastores “de ganado” (es decir, de ovejas), siembran para darles de comer (además de practicar la trashumancia). *Cebada, trigo. Sembramos para el ganado y sembramos para ir cogiendo la semilla. Después en el verano plantamos millo y el que no se coman las ovejas se lo comen las vacas. Y después la piña se deja para planta, para coger el año que viene.*

El ganado, sin embargo, no suele dormir en la cueva, sino en la majada, al aire libre. *Todos los días se va rodando la majada. Todos los días se muda. Por la noche se encierra el ganado en la maja limpia, después se suelta y vuelve se muda para adelante. Por el día están sueltas. Aquí [al corral-cueva del ordeño] no vienen sino un rato y ya según las ordeño y almuerzo me las llevo a las bandas de aquí donde están sus vueltas. Antiguamente llevábamos el ganado para Tejada y lo dejábamos a mediados de agosto hasta el fin de octubre o principios de noviembre, que es cuando se volvía para ésta, más fresca. El ganado cuando va saliendo de la Cruz de Tejada ya viene comiendo hierba por los caminos y cuando llegaba aquí ya estaba la hierbita nacida.*

En esas estancias de verano en la cumbre, los pastores se juntan y juntan los ganados. *Llevamos el ganado todos juntos, compramos allí (a esto lo llaman) unas suertes. Se va hablando con los dueños, uno quiere tanto, otro quiere cuanto y tal y después llevamos allí tres o cuatro ganaderos las ovejas. Y después, el tiempo que estamos allá arriba nos turnamos, diez o quince días estamos dos y después otros dos. Ya se tienen las cuevas, los sitios donde quedarse, que respeta la gente. Allí se prepara y se queda la gente. Y eso no es nada, antiguamente cuando los pastores iban para Tejada no comían sino la pella de gofio y el queso viejo. Y después juntaban por allí a lo mejor, hay sitios que había higos, uvas, fruta, que no era como hoy como van los coches. Antes no*

*se llevaba ni cama para Tejada, se cogía unas retamas, se hacían unas camas con unos sacos y la manta del pastor y no se usaban camas ni de nada. Y ya hoy todo el mundo lleva sus colchonetas, sus camas bien preparaditas con sus almohadas y todo, como si estuviera en la casa.*

En esa época el ganado ya va secándose, así que no tienen que estar tan pendientes del ordeño ni de hacer queso. *A lo mejor cada quince días se juntaba todo el ganado, se hacía un corral con unos palos, con unos pitones o contra una pared y se decía ‘vamos a ordeñar’. Se ordeñaba la leche y se le daba a alguien que tenía cochinos y si quedaba poquita se ordeñaba en el suelo. Porque a la oveja la ordeñas en el suelo y más luego se seca. Y lo que interesaba es que ya el ganado esté seco porque pega a parir otra vez a fin de octubre o principios de noviembre. Y lo que interesa es que el ganado esté seco para que se reponga. Antiguamente salía mi padre con la yegua y las alforjas y lo más que se podía llevar era dos o tres kilos de papas, el queso y el gofio. Y unas pimentas para hacer un caldito de papas por la noche.*

### **Del cordero, el cuajo**

José Mendoza Mendoza, Pepe el de Pavón por vivir en el cortijo de Pavón (Guía de Gran Canaria), es uno de los pastores con el ganado de más cabezas de la isla y que aún practica la trashumancia durante todo el año. Las ovejas están en cada época del año donde mejores pastos puede haber. Pero cuando se acerca la Navidad, el apreciado cordero no sólo ofrece buena carne para los menús de diciembre, también proporciona al pastor el cuajo o, en este último caso, dicho en pasado porque cada vez se emplea menos. *Hay gente que prefiere el de baifo porque es un poquito más fuerte, con menos cuajo cuaja mejor. Pero eso ya son circunstancias; el que tiene corderos saca del cordero. Entonces se debía de sacar el cuajo de baifo o cordero de ocho o doce días, que fuera lechal, que no hubiera comido tierra, ni nada de hierbas ni pajullos. Porque desde que coma eso sale en el pallo; el pallo es el cuajo. Entonces eso se saca bien sacado porque eso está pegado a la tripa. Se coge con un canuto de caña, lo amarras por un lado y lo soplas por otro, que se quede infladito, estiradito. Al siguiente día o al otro hay que echarle leche, un poquito, porque si le dejas las madres sólo aquello no da cuajo.*

Y ya sólo queda dejarlo secar. ¿Dónde? Pues en cueva. *Yo te voy a decir cómo lo hacía mi madre. Ella lo colgaba en la cocina, era una cueva. Se cocinaba leña, ahí se hacía el queso, ahí se cocinaba y ahí se comía. Entonces, el humo era bueno para el cuajo. Primero lo ponía fuera, para que se oreara un*



▲  
Cueva para curar quesos en Pavón,  
Santa María de Guía.

*poco, en el umbral de la casa; después lo ponía en los cañizos del queso, [dentro de la cueva] donde se hacía de comer, para que cogiera humo. Al coger el humo se quedaba con un color oscuro y se pegaba a curar. Y el cuajo que se hacía en diciembre y enero, pues allá en julio, agosto o septiembre ya pegaba ella y le sacaba lo que es la piel del cuajo, por fuera. Se quedaba la masa que está dentro y con un martillo lo iba majando y lo dejaba como pasta, todo finito. Le ponía sal y después lo metía en una jarra de barro, le ponía un paño tapadito y un hilo amarrado en redondo. Así lo reservaba ahí para el otro año. Y si hubiera sobrado de aquel año anterior, siempre iba gastando el más viejo, porque eso no cuenta que tenga dos años el cuajo.*

El cuajo natural se utilizaba hasta pocos años para cuajar la leche. José Mendoza no lo emplea, aunque recuerda perfectamente a su madre darle uso. Él sí sigue curando los quesos en cueva. El cuajo había que *desleírlo, se cogía media cuchara normal de comer, según la cantidad de leche, y se ponía en agua. Lo dejaba un ratito allí y con los mismos dedos lo iba desmoronando para que se quedara como una especie*

*de tinte, color canelo oscuro. Lo dejaba que se fuera bien en el agua y cuando llevaba toda la leche en el barreño, se colaba y se le echaba a razón de la leche. Entonces se dejaba reposar, media hora, tres cuartos de hora, para cortarla, le decían para cortar la cuajada, para pegar a sacar y echar a la quesera.*

Había gente, recuerda, que vendía la leche y no hacían queso, pero aprovechaban el cuajo y lo vendían. Se pagaba muy bien. Para el pastor, el cordero ahora es aprovechado sólo por la carne. *Pero nos acostumbramos mal, porque antes los corderos se mataban siempre de ocho y diez días, para quien fuera. Para los dueños de los terrenos, para el gasto de la casa, para cualquiera que fuera a comprarlo, o para el marchante. Pero ahora dejamos los corderos de octubre dos meses mamando y son corderos de diez kilos. Eso no es ninguna ganancia, deja pérdidas. Porque el cordero, desde que pasa de seis kilos, para llegar a diez tiene que estar dos meses chupando de la madre y jalando de ella. Y eso no es rentable. Pero la mayoría de la gente los quiere grandes.*



